

# Un guerrillero de la Primera República

MÁS que un superviviente de la primera República, Blas Bañuelos, natural y habitante de la villa de Pradoluengo, en tierra burgalesa, parece un guerrillero de 1808 redivivo. El mismo aspecto de menestral, la misma furia guerrera, igual ardor por coger el fusil y echarse al campo, idéntico relatar apasionado de las acciones bélicas. Oyéndole llega uno a pensar que está hablando con cualquiera de esos terner personajes que andan por las páginas de los *Episodios Nacionales*, de Galdós.

—¡Ni el comer ni nada me ha engordado nunca como el fusil!—suelta a las primeras de cambio con vigoroso matoteo que hace ver en seguida que aquello que dice es verdad y está dispuesto a

demostrarlo en cualquier momento. Y por si esto fuera poco, añade encima:

—¡Ojalá viniera mañana el empuñar el fusil para defender la República!

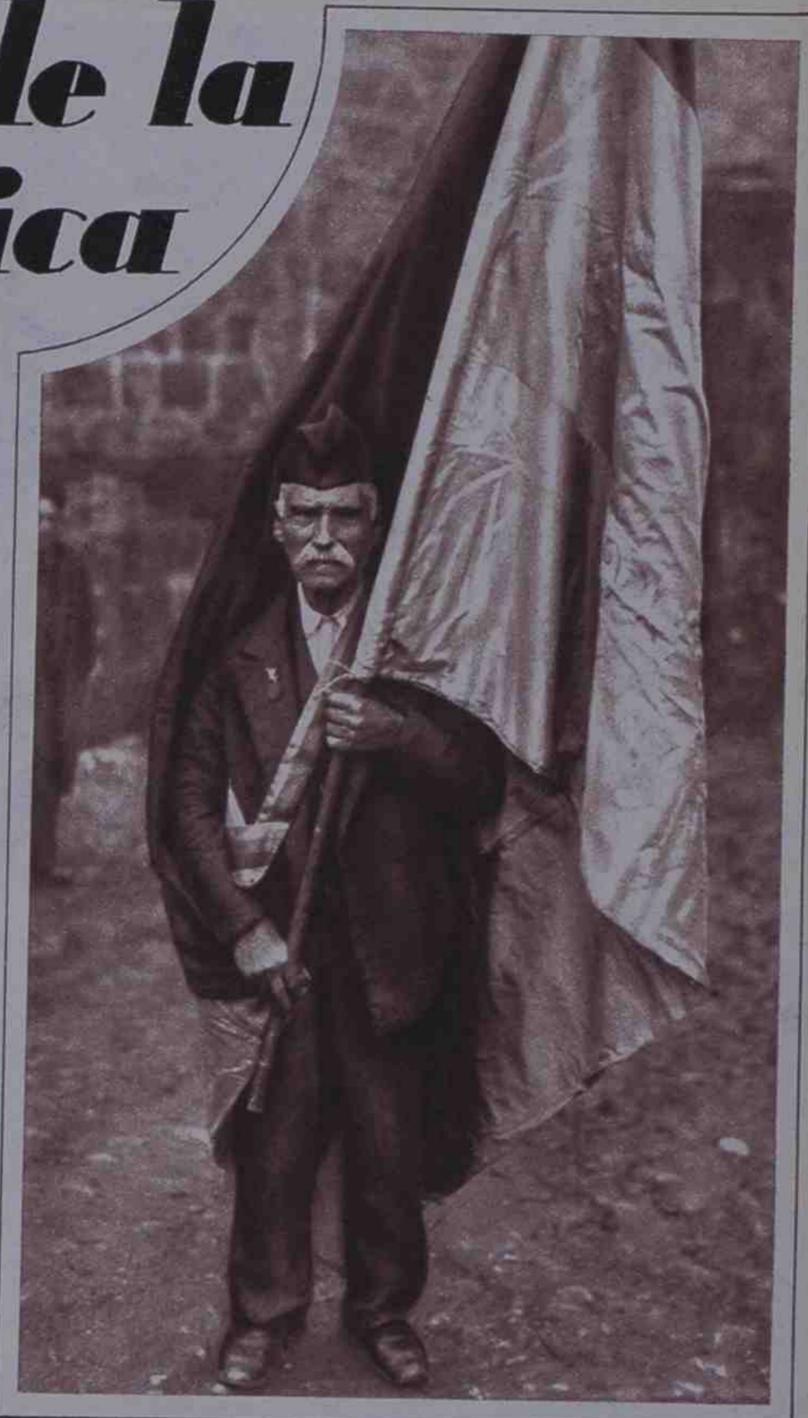
Se ve que su vida ideal es justamente la del guerrillero. Campo y



He aquí la medalla de la primera República que es todo el tesoro de Blas Bañuelos.



Ante la máquina fotográfica, el viejo guerrillero queda tan firme como en los lejanos días de algarada y tiro limpio, cuando empuñaba el fusil contra los carlistas.



Blas Bañuelos, con la bandera del pueblo.

fusil; tarde ancha y tiro limpio. Desde el portal de su casa se ven las pausas de unos montes, adonde parece que ha de terminar por huir, la escopeta al brazo y el gorro frigio en la cabeza, porque Blas Bañuelos, como viejo republicano que es, usa de su gorro de la primera República para todos los actos a los que hay que dar formalidad y compostura.

Blas Bañuelos tiene ochenta y tres años cumplidos. De siempre, desde la mocedad, su oficio fué el de zapatero, y sus

ideas liberales. Casó a los veintiún años, y de seguida, en cuanto comenzó a hablarse de la República, abandonó a la mujer por su prisa a echarse al campo, que ha tenido y tiene siempre. —¡Antes de que se proclamara, ya teníamos todo listo: los gorros, las mochilas y el fusil!

De voluntario, anduvo la mayor parte del tiempo por los sobacos del monte, sin dormir en cama ni comer en mesa durante días y meses, como hijo de la tierra que fué siempre el guerrillero.

Por entonces, ocho días antes de llegar la revolución—que para hacerla más altisonante llama así Bañuelos a la República del 73—, hizo el acto más importante de su vida, ese acto que a lo mejor se hace sin darle importancia, pasa fugazmente, y luego resulta que queda como el más principal en la vida de un hombre.

Estaba Bañuelos con “los adictos a la idea” en los montes de Pradoluengo, rodeados de contrarios por todas partes, aunque no sabe explicarse muy bien quiénes eran estos contrarios, y los llama “los carlistas”. El jefe los formó y dijo que era muy urgente de llevar un parte a los amigos de Briviesca, pues la revolución estaba



El viejo republicano entre su familia.

**CALLOS**

Juanetes, ojos de gallo, verrugas y durezas desaparecen en tres días usando el patentado

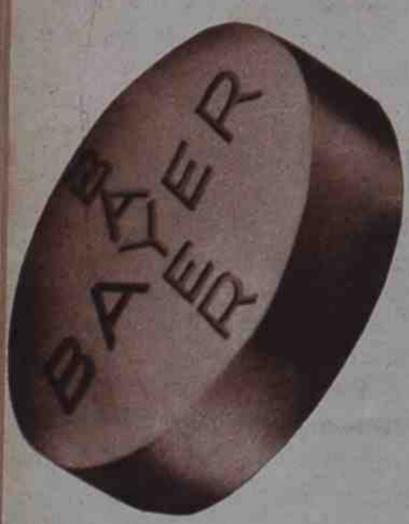
**UNGÜENTO MÁGICO**

En todas partes: 1,60 pesetas. Por correo: 2 pesetas. Farmacia Puerto. Plaza San Ildefonso, 4. MADRID



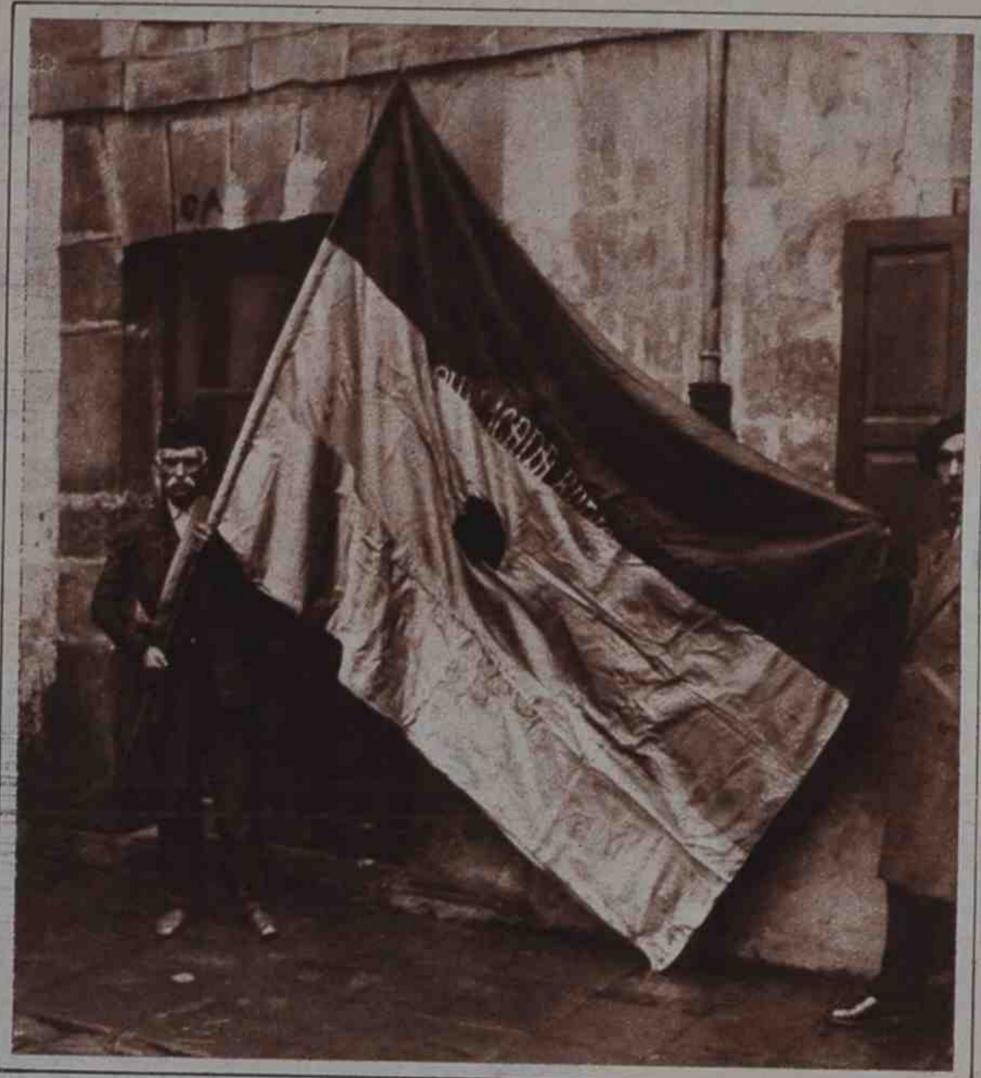
# No es ningún secreto

Sufrimientos frecuentes perjudican la belleza de la mujer: una razón de más para que las señoras no sufran inútilmente, sabiendo, como se sabe, que dos tabletas de Cafiaspirina libran instantáneamente de todo dolor, sin perjudicar en lo más mínimo el organismo.



## Cafiaspirina

EL PRODUCTO DE CONFIANZA



En los centros republicanos del pueblo le llaman «el abuelo»; es el portaestandartes de todos.

encima y había que tenerlos prevenidos. Pidió voluntarios. Se destacaron unos cuantos, y entre ellos la apostura de Bañuelos le decidió.

—Hay que ver la manera de que el parte vaya bien escondido, pues pueden detenerte, y si te lo encuentran estamos perdidos.

El buen voluntario echó mano de sus argucias de guerrillero y de sus mañas de zapatero. Abrió las medias suelas de una bota, lo metió allí y volvió a clavetearla con todo cuidado. De esta forma emprendió la marcha. Como encontrar, vaya si encontró enemigos en el camino. Centinelas, columnas y pueblos llenos vió desde todos los altozanos. Pero ¡qué habían de dar con él! Agazapándose en los cárcavos, marchando por los caminos de los pastores, saltando arroyales y hondonadas, llegó a Briviesca. Allí, cuando se quedó a solas con el jefe, desclavó la bota y entregó el parte, ante la admiración del destinatario.

—Me felicitaron mucho... Esa y la visita que hice al señor Pi y Margall, en Madrid, para enterarle de cómo iba el movimiento de los conservadores en el pueblo, es lo que más grabado tengo en el magín.

Para dar autenticidad a su relato, enseña una medalla que le fué impuesta por sus servicios. Parece una gran "perra gorda", pero él la muestra y la exhibe en los momentos trascendentales, como si fuera la gran medalla de oro que hay que enseñar con orgullo.

Los demás, todos son relatos de refriegas: en la Peña Matapuercos, de la Sierra de Neila, que el día de Viernes Santo de 1873 tuvieron "un buen encuentro con los carlistas" y mataron a un capitán que era de Retuerta. En Fresneda, que el coronel Parreño, para quitar entusiastas de las filas, les dijo que quien quisiera ser guardia civil diera un paso al frente, sin que saliese nadie, porque "todos queríamos nuestro fusil y el coronel aquél, que era más carlista que Carlos VII, trataba de hacérsela buena".

—Al volver la Monarquía, uno de los nuestros era pregonero del pueblo. El alcalde de los conservadores le mandó pregonar el bando, y entonces fué él, dió el redoble de tambor, leyó el encabezamiento y "rachó" todo el papel... ¡Buena se armó! ¡Por poco le fusilan! Pero así éramos de fuertes los liberales de antaño.

"Los liberales de antaño". Sigue el recuerdo del abuelo Galdós y sus *Episodios*. Sigue y seguirá, porque ya está dicho: Blas Bañuelos es un personaje de los *Episodios Nacionales*, un guerrillero resucitado, "un voluntario" con toda la fuerza que esa denominación tuvo en el siglo XIX.

—¡Sí, señor! ¡Un voluntario! Dígalo usted... Como mientras estuvo el rey, que yo era un valiente de los que dan siempre la cara y la han dado. Volvemos a lo mismo, a la actitud airada y desafiadora del guerrillero mal contenido.

Ahora, en cuanto hay motivo, empuña la más alta bandera del pueblo y sale a la calle con ella, el gorro frigio y la medalla en la solapa.

—¡Que no va usted a poder con ella, señor Blas!—le dicen los correligionarios.

—¡Y con vosotros encima!—saltan sus ochenta y tres años, ternes y decididos.

Según nos cuenta, no quisiera ya más que una pequeña distinción de la República actual. Cualquier cosa: ¡qué sabe él lo que le pueden dar! Un ligero apoyo a su vejez de voluntario superviviente. Que bien ganado lo tiene.

(Fotos Suso.)